

MENCIÓN DE HONOR

Entre el sueño y la realidad

Yerly Stefany Castro Ardila

Licenciatura en Filosofía

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

yerly.castro@uniagustiniana.edu.co

El sueño ha dejado de ser para mí solo un simple producto de la imaginación. Antes, desprovista de toda intención de relatar mis sueños, pienso y se me hace ya más una necesidad saber qué tienen que decirme para mantener clara y con calma mi alma y explicar o siquiera entender por qué estoy en este lugar en el que solo los desquiciados se sienten seguros. Es fundamental decir que estos, como todos los sueños que en general ocurrieron en años anteriores, no mantienen su puro encuentro en mi memoria, pero, aunque esto fuera así y no pudiera declarar antes mi deseo por hacer esto posible, no significa que no estuviera vagando día y noche en consolidarlos en una escritura, pues estas memorias del sueño, lejos de quedarse, se alejan olvidando por completo sus ansias de visibilización.

Si bien he creído que los sueños son meras combinaciones de cosas vividas en estado de vigilia, no puedo negar que me siento más que representada por este primer sueño que deseo contarles: no recuerdo el inicio de este sueño, más bien diré que poseo una mera visión borrosa en la que unos pequeños pájaros de un color dorado o anaranjado para no exagerar y diminutos en su especie se encontraban enjaulados y aunque conocieran su realidad, teniendo alas sin poderlas usar se sentían muy felices, seguros en un espacio sombrío y estrecho. Entonces, yo era el reflejo de una de esas aves, me encontraba verdaderamente amarrada; soy como ese pájaro que, capturado, se siente libre, pero no quería exteriorizar esto, entendía que esta idealización de lo real provocaba en mí asumir que mi destino era ese y dejarlo era jugarse la vida, riesgo que no deseaba afrontar, y así, producto de esa idealización, las cosas conocidas se convirtieron en extrañas; hasta lo más banal se tornaba oscuro ahuyentando por completo su propio color. No lograba encontrar alguna conexión con aquel otro pájaro que me acompañaba; espero de alguna forma buscar y poder nombrar a aquel extraño. Sé que han existido muchos sueños anteriores a

este, pero no sé por qué este sueño es el que más ansias tenía por contar, e incluso es el más vívido que tengo.

Había tomado la decisión de tomar un viaje a Santander, específicamente a San Gil, tierra hermosa y mayormente campesina, con el objetivo de distraer mi mente de cargas laborales y también con la intención de pasar un tiempo con mis tías entre otros familiares. En toda esa semana, no pude conciliar el sueño y es que para una rola como yo el calor puede ser insoportable y, por otro lado, mi estadía se encontraba lejos del centro del municipio, es decir, en una vereda, lejos del bullicio de la ciudad, pero cerca a ciertos animales como ratas, cucarachas y escorpiones que podrían rodearte y dañar tu noche. ¡Ah!, sin olvidar los zancudos que considero de cuidado puesto que siendo, como se dice, tan dulce para esos insectos, terminaba con la piel hinchada. Allí, en esa vereda, habían nacido mi madre y padre, sin muchas de las comodidades que ahora consideramos necesarias como la tv., o algo más sencillo como una buena cama. Ellos trabajaban recolectando café y realizando sacos de fique; estudiaron en la escuelita de esa vereda. Mi padre hizo hasta quinto de primaria, pero no continuó, no porque no tuviera la oportunidad sino porque veía que estudiando no se ganaba plata. Mi madre logró cursar noveno grado y, a diferencia de mi padre, ella no pudo continuar porque debía encargarse de los hermanos más pequeños. Como ya sabemos, en esas épocas estaba bien visto tener una familia numerosa; mi padre tuvo doce hermanos al igual que mi madre.

En esa semana de diversión, yendo a Pozo azul y Barichara (pueblo patrimonio de Colombia), pensé que en esa escuela a la que fueron mis padres se escondían sus años de juventud. La cancha, ya un poco destruida, era parte de esa historia no relatada por el presente y yo yendo allá intentaba reconstruir sus pasos, sus alegrías y tristezas sintiendo a la vez que todo aquello con mi presencia se desvanecía dando paso a otros relatos más tempranos. Estaba

decidida a indagar más acerca del pasado de mis padres, pero sabía que esa era una labor complicada; quería saber sobre todo qué cosa, momento o etapa de la vida de mi padre propició el consumo del alcohol desmedido. Son muy pocas las veces que lo he podido conocer sobrio, muy pocas son las veces que lo he visto llorar, aprender de sus sentimientos, verlo sonreír es casi lo mismo que encontrar vida en otro planeta, algo que uno busca pero que no conoce por completo.

Y hablando de esto, quiero exponer cómo en un tiempo solo soñaba esta cosa trágica: mi padre acababa de salir de una cantina; puedo experimentar su tufo, apenas si podía sostenerse, era de noche, las farolas de la estrecha calle iluminaban su rostro desfigurado, podía ver a las trabajadoras sexuales esperando un cliente. Yo estaba viéndolo, se arrodilla y toca mi mano para que luego en un segundo llegara un desconocido y le arrancara la lengua; no lloró, pero sus ojos se aguaron, se parecía a un niño escuálido que se siente preocupado porque no sabe qué castigo le espera en casa. Su sangre brillaba con la luz, era como una cascada que resbalaba desde su boca hasta sus rodillas cayendo incluso en la alcantarilla más cercana. Este sueño atormentó mi mente por un largo tiempo, escarbando mis vísceras y sacándome de quicio; al final fue superado por otros muchos más aterradores.

Podría decir que he recorrido mis sueños y, olvidando en otros términos la realidad, sueño que un gato negro se asoma por la ventana, mira lo que sus ojos le permiten vislumbrar, pero no le interesa salir; no quiere desilusionarse y por eso en ocasiones pienso que los sueños pueden ser un escape, pueden abrir múltiples ventanas que solo el temerario logra pasar excluyendo a los insensibles. Además, los felinos son para mí magníficos, tienen gran presencia y me siento más que sorprendida por sus variados encantos, sin olvidar que son reconocidos como algunos de los mejores cazadores en el reino animal por su sigilo y velocidad. No puedo obviar la presencia

de mi gato ni mucho menos negar que había sido mi única compañía antes de ser traída a la fuerza a este centro de rehabilitación sin justa causa.

Los sueños interpretan tus miedos y anhelos, yo creía que todo lo que soñaba fecundaba mi realidad. Por eso, estimaba que mi vida era perfecta, porque los sueños aquí contados se me hacían hermosos; me estremecía y aterraba cómo podían hacerme sentir y disfrutar; el ave dorada no necesitaba salir, la alimentaban y tenía un lugar seguro de los depredadores, salir sería para ella un castigo. El gato murió porque fui yo quien lo hizo tirar de la ventana para que conociera lo que se había perdido al estar conmigo. En otras palabras, la curiosidad mató al gato y, por último, y el meollo del asunto es que yo había decidido cumplir mi sueño de arrancarle la lengua a mi padre, busqué la ocasión, no fue tan fácil. Él había llegado del trabajo; por lo general, con gritos e insultos pedía el plato de comida para luego irse a dormir. La noche esperaba ese sacrificio y yo estaba enloquecida por hacerlo realidad, pero las cosas no salieron según los planes.

Cabe preguntarse quién era esa otra ave que andaba conmigo, qué importancia tendría este otro personaje, pero aún hasta el día de hoy no he podido identificarlo. Tal vez solo sea mi conciencia que en esta pequeña declaración se presentó otra vez como el culpable de arrancarle la lengua a mi padre y el incitador que permeó mi mente para hacerlo realidad pudo ser también un simple ente maligno, un practicante que dejó evidencias en el camino, huellas imborrables en mi historia y la realidad de quien, por su propia autoridad, decide leer este pequeño texto. Creo que ya puedo descansar de quien me atormentó la mente; aun así, con todo esto, fingir sentimientos de arrepentimiento y nostalgia no darían cuenta de lo que en realidad siento. Ya no hay nada que ocultar y en consecuencia he abierto el camino hacia la redención, conocí el infierno y busco la libertad y en ese instante declaré que el juicio

sólo procede en mi mente, yo soy la única capaz de ocultar o revelar los secretos y desventuras de mi alma y debería yo ser la única en colmarme de castigos o, todo lo contrario.

Entonces, ¿qué es lo que en verdad siento? Siento que realicé el acto más noble de la historia que otro concluirá; no puede existir algo más puro que darle la muerte a quien por situaciones no aptas nació y se desarrolló en un mundo cada vez más salvaje y vacío, y sé que existirán más como yo, con el deseo de limpiar almas. El mundo tomará como principal ley lo que los sueños nos conducen, y nuestra religión será seguirlos, lejos de connotaciones morales y pretensiones amables. Finalmente, mi destino es demasiado incierto; en este lugar sólo maquillan la realidad afirmando que estoy loca, pero ¿intentar vivir en un mundo más equilibrado es estar demente? Demente deberían ser ellos al no vislumbrar de frente, con una mirada fija, los indicios que nos señalan el verdadero paraíso, uno que sí puede sentirse y apropiarse antes de llegar al paraíso de cartón en el que se supone todos están felices, el asesino, el ratero, el violador, todos en conjunto disfrutando de los placeres que no apreciaron en la más remota realidad.